



## CAPITULO VII

## La fiesta del 10 de Agosto

Los federales del 10 de Agosto del 93.—Apertura del Louvre y del Museo de los monumentos franceses.—Cómo se caracterizaron los partidos franceses.—La grandeza y el terror de la fiesta del 10 de Agosto.—Colosos de yeso.

La fiesta del 10 de Agosto tuvo una terrible significación popular, agrandada por los peligros de la situación, por las leyes del Terror dictadas contra el enemigo.

En el comité de Salud pública recibieron fatales noticias. Los ejércitos coaligados no operaban separados.

Marchaban de común acuerdo, y las probabilidades de resistencia eran menores. El ejército del Norte debía su vida á una hábil maniobra. Las fuerzas abandonaron la carretera de París. Se salvaron, pero dejaron la capital al descubierto.

El canto en boga fué el *Himno al combate* no se cantó entonces la *Marsellesa*, himno humano y profundo de las legiones fraternales.

Por primera vez se descubrió el carácter de un pueblo nuevo y se pudo observar el cambio de costumbres y de situación. Al pueblo que confiaba en las grandes *Federaciones*, al pueblo entusiasta de la gran cruzada sucedió otro. Los nuevos federales eran distintos hombres, más serios, más reflexivos, hombres de trabajo conocedores de su deber. E

pueblo de París no era menos serio, salvo algunos grupos que en todas partes alborotan.

Reinaba gran desconfianza. Se temía que aportasen papeles peligrosos, y esto resultaba una gravísima equivocación. Aquellas buenas gentes no querían más que la unidad de Francia.

La Comuna temía por la violación de sus costumbres. Esta prohibía á las mujeres públicas que saliesen por las calles. Aun se temía más por la ortodoxia política. La Comuna cogió á los federales y los abrazó en cierto modo, conduciéndolos á la Convención, á los Jacobinos. La Convención los acogió fraternalmente. Los Jacobinos les prestaron su propio edificio y durante algunos días deliberaron de común acuerdo.

La Convención nada había preparado para aquella ocasión en que un pueblo con nuevos ideales se lanzaba sobre París, sintiendo arder en su corazón el amor á la patria. Pero sin embargo, preparó una gran fiesta, destinando 1.200.000 francos.

Abrió grandes y riquísimos museos, entre ellos el del Louvre, que se puede llamar universal, donde cada pueblo está representado por su arte, por sus inmortales pintores.

El otro, que bien se puede llamar de la Francia, es el museo de los monumentos franceses, incomparable tesoro de esculturas sacadas de conventos, de palacios, de iglesias. Todo un mundo de monumentos históricos, salidos de los rincones á la poderosa voz de la Revolución, se había reunido en este valle de Josafat.

A pesar de que no estaban estas obras colocadas con cuidado, el mismo desorden daba al Museo un carácter más artístico, si bien menos severo. No se tenía más cuidado que el de ordenar las pinturas por épocas. La perpetuidad nacional encontraba así su constante reproducción. La Francia veía su desarrollo, de siglo en siglo, de hombre en hombre, de tumba en tumba, y en cierto modo podía practicar un examen de conciencia.

«¿Qué soy yo?»—dice.—«¿Cuál es mi principio social y religioso? ¿Cuál es mi vida?» Aun no se presentaban claros estos problemas. Cada partido hubiese respondido de diverso modo. Los Cordeleros y los Jacobinos hubiesen presentado una solución. Robespierre y Danton otra. Cloutz y Chaumette tenían opinión distinta. Estas diversas tendencias se reflejaban en la fiesta.

David, robespierrista, no siguió invariablemente la inspiración de la Comuna. Especialmente la aspiración de los Cordeleros se manifestó con más relieve que las otras.

La influencia de Robespierre era manifestamente de subordinación. El *Ser Supremo* de su Constitución se había desvanecido. Por otra parte, los Cordeleros, quizás por concesión á los Jacobinos, desecharon su diosa la *Razón*, una vez muerto su dios Marat. Y ¡cosa extraña! perdieron aquella ocasión de mostrar al pueblo reunido tan sagrada reliquia.

En defecto de la unidad de principios tuvo al menos la fiesta el carácter de una especie de unidad histórica. Era como una historia en cinco actos de la Revolución.

David representa el esfuerzo de su época. Es el artista atormentado por las desigualdades de su tiempo, de alma poética pero turbada y sombría, presa del Terror.

Este Prometeo del 93, cogió barro y forjó tres dioses, tres estatuas gigantescas: La Naturaleza, sobre las ruinas de la Bastilla. La Libertad, en la plaza de la Revolución y el Pueblo-Hércules derribando la Discordia, en la plaza de los Inválidos. Un arco de triunfo en el *boulevard* de los Italianos y el Altar de la Patria, en el Campo de Marte, eran sus cinco obras famosas.

Aun no se habían llevado las piedras, las ruinas de la Bastilla y sobre estas se colocó la Naturaleza, un coloso de alabastro con cien pechos de los que salía inagotable manantial de la regeneración. En todas las piedras se grabaron fúnebres inscripciones, gemidos de los que perecieron en el fondo de sus negros muros.

Herault de Sechelles, presidente de la Convención, hombre estimado de todos los partidos, llenó una copa de agua, llevándosela á sus labios. Después la pasó á ochenta y seis individuos que llevaban las banderas de los departamentos. Estos decían: «Sentimos ya nuestro renacimiento en el género humano.» Bebieron. Se oyó después el estampido del cañón.

Después se alejó el cortejo por los *boulevards*. Era como la revolución extendiéndose por las calles.

Detrás de la Convención se veía una cinta tricolor que sostenían los federales. El pueblo aparecía así como abrazando á su Asamblea, conteniéndola, cercándola.

Seguía después horrible mescolanza de autoridades confundidas con el pueblo. La Comuna, los ministros, los jueces revolucionarios con penacho negro, en medio de cerrajeros, carpinteros, obreros de todos los oficios.

Los trabajadores llevaban los útiles de su oficio. Los solos triunfadores de la fiesta eran los desgraciados; los viejos, los ciegos, los niños desheredados iban en carros y en carromatos transportaban coronas y cetros. En una urna se llevaba la ceniza de los héroes. Nada de lutos. Conducían el coche de las cenizas ocho caballos blancos con penachos rojos. Estridentes sonidos de trompetería resonaban en el espacio. Los parientes de los muertos iban detrás sin derramar lágrimas, cubierta la frente y la cabeza de flores y cintas tricolores.

Una cosa faltaba y todos los ojos buscaban con ansiedad, la que en Julio del 92 cautivó tanto la atención. No se veía el cuchillo de la justicia cubierto de crespones y llevado por hombres coronados de hojas de ciprés. El arma de la justicia estaba en todas partes ya. No se veía, pero se sentía.

Cuando llegó la comitiva á la plaza de la Revolución hizo que se detuviera el carro á los pies de la estatua de la Libertad é hizo que se prendiera fuego á los cetros. Tres mil palomas fueron soltadas por los concurrentes, remontando audaces su vuelo. Dos palomas se refugiaron en los pliegues de la estatua. ¡Dulce augurio que contrasta con terribles realidades!

En la plaza de los Inválidos el Pueblo-Hércules domina el dragón del federalismo. En el campo de Marte la concurrencia atraviesa el paso á nivel de la Igualdad y sube á la santa Montaña. Allí los ochenta y seis viejos que llevaban una pica las entregaron al presidente, que las unía consumando la alianza de los departamentos.

Estaba de pie en la cima. En el altar ardía el incienso. Leyó la aceptación unánime de la nueva ley y el cañón volvió á dejar sentir su poderosa é imponente voz.

¡Es la primera vez que se funda un imperio sobre la base de la igualdad!

En la extremidad del Campo de Marte se eleva su fúnebre templo. La Convención marcha al altar. Todo el mundo se descubre. El acto es solemne. El presidente dice: «¡Queridas cenizas, urna sagrada, yo os abrazo en nombre del pueblo!»

La muchedumbre se disipa con las primeras sombras de la noche. Todos entraron en París con el mayor orden. ¡Para cuantos hombres era esta la última fiesta! ¡Cuántos hombres de la Comuna y de la Convención entrarían poco después en la urna de aquellas inmortales cenizas! Danton, Herault, Desmoulins, Philippeaux vivirían solo ocho meses más. Robespierre y Saint-Just un año.

Algo hubo en esta fiesta que causó extrañeza. Unos estaban tristes, sombríos, melancólicos. Otros reían á carcajadas, pero cínicamente, como si experimentaran una alegría criminal.

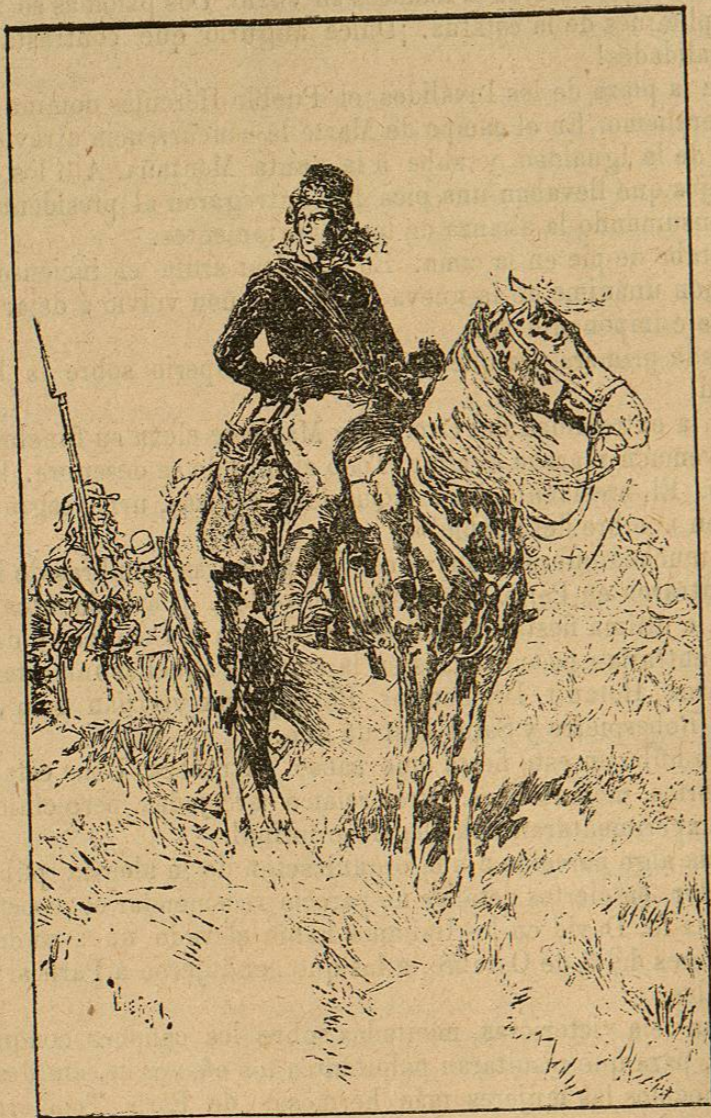
Había algo parecido á una organización de la alegría pública y el organizador, en ciertos detalles no parecía recomendar el respeto ni aun á su propia fe. David en los Italianos había elevado un arco de triunfo á las mujeres del 5 de Octubre, á las que condujeron á París al rey desde Versalles.

Se las veía victoriosas, montadas sobre los cañones conquistados. El pintor, para que resultaran palpitanter los efectos de este drama, eligió por modelos las mujeres más hermosas de París. Todo era inútil. El 5 de Octubre se vió á pobres mujeres de pechos flácidos abandonar á sus pequeñuelos y luchando como leones conducir á París al rey.

No eran mujeres públicas las que podían, pues, figurar como modelo de la obra del gran escultor.

Y si solo la belleza era la diosa de aquella representación ¿por qué no figurar allí la hermosa Theroigne, la valerosa liejesa que en aquel día memorable ganó para su causa al regimiento de Flandes, destru-

yendo el apoyo de la monarquía? ¡Oh pobre Theroigne! ¡Vedla sola en la Salpetriere, deshonrada en Mayo del 93! ¡Mujer adorada que se con-



M. HENRI.

virtió en bestia inmundada! Murió á los veinte años furiosa, implacable, cubierta de ultrajes, de negra ingratitud.

Otra persona parece olvidada en esta fiesta. ¿Cuál es?

El ingenioso y sutil organizador, para simbolizar el abrazo del

pueblo reunido en sus mandatarios, imaginó mostrar la Asamblea sin signos ni otro distintivo que la bandera tricolor.



¡Oh, pobre Theroigne! ¡Vedla sola en la Salpetriere, deshonrada en Mayo del 93! (Pág. 212)

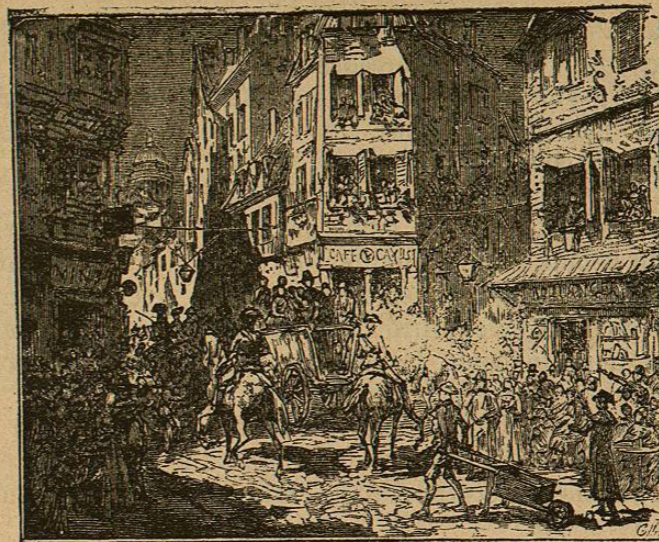
A pesar de todo se recordaba la reciente humillación de la Asamblea en 2 de Junio, prisionera, encerrada. Un escritor ha dicho de Luis XVI conducido á la fiesta del 14 de Julio del 92: «Tiene el aire

de un prisionero condenado por deudas.» Aun, pues, era peor la situación de la Asamblea el 2 de Junio.

Sin embargo, se cometió después el error en dejar en las plazas las estatuas de David. Este no era hombre de concepciones colosales como convenía á los grandes acontecimientos que debía representar. Sus estatuas, á pesar de sus enormes dimensiones, no son por esto menos frías, seca y desabridamente clásicas.

Su mole recibe las primeras brisas frías del otoño. Tomaron aspecto espantoso bajo este clima antipático, frío, lluvioso.

Mostrar así la estatua de la Libertad, á los pies del patíbulo, era un crimen en realidad, un crimen contrarrevolucionario. La muchedumbre le tomó rabia á la estatua. Parecía una fiera devorando hombres. Aquella imagen feucha, salpicada de barro, estaba muy lejos de representar lo que llevaban en su corazón nuestros padres. Mientras florecía joven, espléndida, invencible en Wattignies, Dunkerque y Fleurus, aquí, horriblemente fea, espantaba las miradas.



## LIBRO X

### CAPITULO PRIMERO

#### *La constitución del gobierno Carnot (Agosto 93)*

Los anglo-austriacos marchan juntos sobre París (3-10 Agosto 93).—Carnot en el comité de Salud pública (14 Agosto).—Oposición de Robespierre.—Este acusa de traidor al comité.

La guerra de la coalición cambió de carácter, y más amenazaba ser una venganza del fanatismo que una guerra política.

Los emigrados mostraban la torre del Temple y decían: «La Revolución es impotente, retrocede. Hace ya tres meses que trabaja estérilmente para la creación de un buen gobierno. Avanzad—decían á los aliados. Ahora ó nunca.»

Los emigrados tenían probabilidades de vencer, es decir, de matar la patria, para su eterna deshonra. Mr. de Maitre les ha dicho: «Desgraciados, felicitaos de haber sido batidos por la Convención. ¿Hubieráis transigido con una Francia destruida, disgregada?»

Valenciennes, que se había librado sola del enemigo, se convirtió en hoguera después del fanatismo. Los traidores que abrían las puertas de la villa quisieron matar á nuestros representantes, valiéndose del pueblo; los emigrados tenían igual intento y los acechaban cuando salían de la población. La población estaba infestada de curas, frailes y monjas.

Todo este extraño contingente llenaba, las iglesias donde continua-